

Lo celestial nos ha unido en la tierra para contemplarlo

© Antonio Fernández Díez

Romeo.- ¿No tienen labios las santas y los peregrinos también?

Julietta.- Sí, peregrino, labios que deben consagrar a la oración

Romeo.- ¡Oh! Entonces, santa querida, permite que los labios hagan lo que las manos. Pues ruegan, otórgales gracia para que la fe no se trueque en desesperación.

Julietta.- Las santas permanecen inmóviles cuando otorgan su merced.

Romeo.- Pues no os mováis mientras recojo el fruto de mi oración. Por la intercesión de vuestros labios, así, se ha borrado el pecado de los míos.

Shakespeare

Jamás observé algo igual, un fenómeno incomparable del que no pudiera hablar ni expresar cualquier tipo de dictamen, incluso presurosamente pensado, con que ofrecer mi agradecimiento más profundo al ser y a toda su naturaleza organizada. En días de vieja Semana Santa, después de caer inmovilizado una vez más por el peso de la melancolía, que suavemente deja su huella, sumiéndome, a menudo, en un estado de ánimo incesantemente oscilante y variable, con frecuentes altibajos, ya a duras penas soportables, me asomé, como si de una llamada repentina se tratara, a la terraza de la buhardilla en donde vivo, muy oscuramente, retraído sobre todo en permanentes lances entre la pasión y la obsesión, como me ocurre desde hace años asiduamente, para advertir, con meditada sensibilidad, el aviso más fortuito y sobrecogedor que alguien pudiera recibir, sin esperarlo, y fuera capaz de soportar sin abatirse, o con alegría. Fue como el incommovible sonido de una majestuosa partitura de Mozart que parece que sólo se define en la eternidad de la vida y que, muy a nuestro pesar, debido a su sublimidad inigualable, es muy difícil de calificar, pues, en trance de una sutil comprensión, nos invade el sentimiento de estar escuchando la mayor impertinencia intelectual, pedante e incomprensible, que un ser humano pueda mostrar al resto. Pero no es, en realidad, sino el aroma más próximo a la divinidad, la suave y casi desapercibida fragancia, procedente del frasco de perfume no abierto aún, que empuja por salir y nos ofrece apenas una vaga idea de su pulcra esencia.

Allí estaba, completamente desnudo, en el firmamento, dejándose ver con una limpieza cercana a la santidad, el sorprendente y cautivador arcoiris que nadie pueda esperar encontrarse del modo en que se presentaba cuando yo lo vi. Respondiendo, inconscientemente, en aquel momento, a la impresión causada por la magnífica aparición de la enorme y extraordinariamente monumental puerta del mundo, ida y venida del cielo, aprecié en mí el espiritual entorno semejante al que desprende la imagen del cuadro de Rafael, *La escuela de Atenas*, con decenas de filósofos apostados, en interesante diálogo, en cualquier rincón, tanto en actitud placentera sentados en los escalones de la sala como dulcemente erguidos en un lento y reposado caminar, encuadrados en el magnífico marco pintado, que simula el borde exterior de una puerta arqueada, a fin de proyectar la pintura como consecuencia de la observación desde el exterior de la sala que se representa en el cuadro, atribuyéndole una solemnidad especial a la escena y asegurándonos, como parte del mensaje pictórico de la obra, la contemplación detenida de un cuadro dentro de otro cuadro. El paisaje que yo observaba

era, sin duda, sobrenatural, sin explicación posible de la física, aunque, en vano, la tenga como tantas otras. Él, la fuente del color, con sus prohibidas tonalidades de otra esfera, me revelaba, mirando al cielo y seduciéndome, el sentido del sentido, el fundamento único que siempre oculto pretende descubrir el hombre y que no nos detiene a algunos en la profundidad del pensamiento de lo absoluto, sino en la convivencia con lo sobrehumano y su rondar clandestino, con que se mueve y se defiende entre nosotros, que se descubre cierto día al despojarse de sus mantos sombríos deleitándonos con la duda de la simpleza de sus apariciones. Es como si la bóveda celeste que nos resguarda del intenso malestar que nos provocaría lo ininteligible, se abriera lo mínimo como para dejar pasar en silencio, y sin avisar a nadie, una pequeña muestra de lo que queda por conocer y lo inagotable de su certeza, estremeciendo enormemente nuestra alma con su paso y adormeciendo nuestros sentidos en busca de un objeto o un anhelo poderoso e imperecedero, visiblemente al alcance de cualquiera, pero repartido espontáneamente en los campos de la tierra.

¡Oh, incipiente techumbre celúrea que nos censuras con los rasgos más naturales de tu inmaculada belleza! No te prestan atención porque han aprendido a vapulearse unos a otros sin remordimientos, por el mero placer de dar y recibir inconsecuentemente, sin objeto, negándote la justicia que se te debe. ¿Quién no podría estallar de felicidad al acostarse sobre la verdosa orilla de un límpido manantial que fluye con dulce resonar por todos los contornos de una extensa pradera, encerrada entre montañas de cumbres insospechadas, administrando habitualmente el oxígeno más puro a sus habitantes, cuando no se detiene a la escucha del melifluo trinar de los pájaros y del impetuoso rugir de los vientos?

Frente a mí -quién sabe si la mensajera del arco-, se encontraba un joven arcoiris que encerraba, bajo su perfecta curvatura, con disimulado contraste, un inverosímil azul pálido, marchitado con el tiempo por la aparición soberbia del sol, pero arraigado en la superficie de las alturas con un mismo tono invariable. Cuando un hecho ya sorprendente sirve para dar testimonio de su propia naturaleza, entra en juego ofrecerle de la mejor manera, aunque no sea posible, el agradecimiento que le debiéramos y esforzarnos, así, por igualar su originalidad.

¡Jamás, oh, el más bello de entre lo visible, el remordimiento ha sido tan rápido, a pesar de que tú parecieras el arrepentido! No sólo enseñabas tu fuerza, sino que traías contigo los más queridos y opulentos ropajes en honor a la comedia que representabas en el teatro más grande que es el mundo. Al norte empezaste a formar sólidos y oscuros nubarrones que no dejaban traspasar ni siquiera al descuidado viento, en el este ya tenías, con el vago océano de fondo, un prisionero formidable, el contraste, al mismo tiempo que optabas, al oeste, por posponer la vuelta a la normalidad con la llegada oportuna de la melancólica aurora, tras aducir el valor que siempre te ha caracterizado a través del azul más puro nunca visto, y te deleitabas a ti mismo con remolinos amarillentos, de un tono y forma inimaginables, que se desplazaban lentamente en apenas inadvertidos e incesantes giros provocados por las mareas ventosas del sur. Éste eras tú, más solícito que nunca de ser escuchado; no obstante, quién te habrá tenido en consideración y por quién te habrán tomado los que te sintieron al creer que han sabido decir realmente quién eras y han pronunciado tu nombre con tanta libertad como la que tu mismo derrochas cada minúsculo instante de la vida con la inmensidad de tus dominios. ¡Estimado procurador del más alto y requerido bienestar! Es sólo la naturaleza.